

NOTAS SOBRE LA EVOLUCION POLITICA DE MADAGASCAR

(III)

El 8 de octubre de 1972 los electores malgaches acudían a las urnas para pronunciarse acerca de la cuestión fundamental planteada en el referéndum, es decir, si autorizaban al general Ramanantsoa a «realizar, durante cinco años, las transformaciones estructurales indispensables». Las masivas manifestaciones populares que habían tenido lugar en las principales ciudades de la isla hacían suponer una amplia ventaja de los votos afirmativos. Esto supondría la consolidación del general y la desaparición de la escena política de Tsiranana, que quedaría automáticamente excluido de la suprema magistratura, ya que la nueva Constitución, sometida al veredicto popular, no contempla el puesto de presidente de la República¹. Por estas razones, Tsiranana exhortaba a sus partidarios a votar negativamente y, extremando las precauciones, declaraba ilegal y anticonstitucional el referéndum, asegurando que continuaría ejerciendo sus funciones cualquiera que fuese el resultado del mismo.

La mayoría se pronunciaba por el «sí». La participación electoral alcanzaba el 81 por 100 de los inscritos en el censo para el conjunto del país y el porcentaje de los votos favorables oscilaba entre el 86 por 100 en la región de Diego Suárez al 98 por 100 en la de Fianarantsoa. Ramanantsoa había obtenido así el respaldo legal, dimanante del consenso popular expresado democráticamente, para los poderes obtenidos bajo la presión de los acontecimientos. El ministro del Interior aclaraba que en lo sucesivo todas las medidas importantes serían sometidas a referéndum para que los malgaches se acostumbrasen «a este modo de consulta popular en régimen democrático». Recordamos que, bajo el régimen de Tsiranana, en Madagascar —a diferencia de lo que acontecía en una gran mayoría de los países afri-

¹ El artículo 7 de la Constitución enumera las instituciones de la República malgache: el Gobierno, el Consejo Superior de las Instituciones, el Consejo Nacional Popular del Desarrollo y el Comité Constitucional. No menciona para nada el puesto de presidente de la República.

canos—habían tenido existencia legal los partidos de la oposición, que pudieron practicar libremente su juego político, y que la prensa había tenido completa libertad de expresión. Es decir, que, en términos generales, la democracia no había sido una conquista del nuevo régimen introducido por Ramanantsoa. Otro aspecto que conviene subrayar es que el PSD había luchado con coraje junto a su jefe, Tsiranana, durante los comicios, dando la impresión de que en ningún momento, desde los acontecimientos de mayo, había perdido el partido la cohesión ni se había fragmentado en sectores rivales, aunque se hubiese registrado la deserción de alguna de sus prominentes figuras.

Ramanantsoa había visto respaldados su poderes por el voto popular, pero no podía ignorar que en el abrumador consenso habían participado fuerzas sumamente heterogéneas y hasta hostiles entre sí, que sólo se habían unido, de forma episódica, ante el denominador común de hostilidad al antiguo régimen. Si el KIM había votado a su favor, era por el deseo de expulsar a Tsiranana y su clan, pero esta formación de extrema izquierda continúa sustentando criterios incompatibles con los enunciados por el general en reiteradas ocasiones. El MONIMA también le había apoyado, pero su jefe, Monjañana, sólo se había inclinado por Ramanantsoa cuando éste le dio garantías formales de que su Gobierno aceleraría el desarrollo económico de las regiones meridionales. En las precarias condiciones económicas malgaches es muy dudoso de que se puedan cumplir esas promesas, y, en tal caso, ¿significaría el retorno a una situación conflictiva como la de abril de 1971? El «sí» masivo al general y a la nueva Constitución encubre una serie de criterios contrapuestos y de tendencias dispares que no pueden desconocerse y que están en la base de la actual inestabilidad.

En la noche del 11 de octubre, Tsiranana pronunciaba ante los micrófonos de la radiodifusión su «último discurso como presidente de la República». En su alocución, de tonos sorprendentemente moderados, declaraba que se retiraba de la vida pública «respetando los deseos de la mayoría» e insistía en la necesidad de mantener la unidad nacional, invitando al general triunfante a «amar del mismo modo a los malgaches de las dieciocho tribus» que componen la comunidad nacional.

Con la retirada del ex presidente, el Gobierno Ramanantsoa quedaba en plena libertad de acción para aplicar su programa y realizar los objetivos que se había propuesto. Inmediatamente surge la duda de si existía un verdadero plan de acción política y económica, porque las declaraciones for-

muladas por los gobernantes hasta entonces se limitaban a recoger fórmulas ambiguas. Se había hablado de potenciar la economía, pero ¿con qué recursos se contaba para ello si se había cegado una de las fuentes financieras que mayor apoyo concedían, como es la ayuda sudafricana? La apertura hacia los países del Este no había supuesto la concesión de créditos o aportaciones sustanciales para promover el desarrollo y, en el colmo de la incongruencia, se especulaba con la necesidad de suprimir las grandes compañías extranjeras. A la vista de estos antecedentes, ¿puede hablarse de un plan de desarrollo técnicamente preparado? En Madagascar, como en otras regiones de Africa, sobran políticos improvisados y faltan estadistas y técnicos. Madagascar tiene una débil economía, que sólo a largo plazo y mediante soluciones científicamente elaboradas puede cambiar de signo. A mayor abundamiento, 1972 había sido un mal año. El propio general Ramanantsoa, en unas declaraciones a la prensa², había dicho: «Puesto que la cosecha de 1971 fue mediocre, era previsible desde el año pasado que se registrase un descenso de la actividad en 1972, puesto que en un país como Madagascar el nivel de actividad general resulta ampliamente tributario de la producción agrícola. Este descenso de la actividad se ha prolongado y ampliado por los acontecimientos de mayo y la recuperación tarda aún en manifestarse, a pesar de las perspectivas agrícolas favorables.» Es decir, que persistía, ampliada, la crónica deficiencia económica, y en tales condiciones, en vez de fomentar las inversiones extranjeras que promovieran el desarrollo, el Gobierno de Tananarive, presionado por la corriente xenófoba, adoptaba el camino inverso, puesto que, según las palabras de Ramanantsoa, «se trata de sustraer la economía malgache al dominio, demasiado abrumador, de los intereses extranjeros».

Junto al grave problema económico, talón de Aquiles de todos los países en vías de desarrollo, pronto se alzaba ante los propósitos del general Ramanantsoa otro no menos inquietante, como es el de las luchas étnicas. Desde los acontecimientos de mayo la mayor preocupación de los gobernantes había sido el que la deterioración del orden produjese enfrentamientos de carácter tribal. Esto se había evitado de forma milagrosa en aquellas revueltas jornadas, pero el 14 de diciembre de 1972 se tenía que decretar el estado de sitio en Tamatave y en Fénérive, tras de violentas luchas étnicas que habían causado un número indeterminado de víctimas entre los habitantes originarios de las Altas Tierras. Millares de merinas acudían a refu-

² Declaraciones al enviado especial Philippe Decraene, *Le Monde*, 2 noviembre 1972.

giarse en Tananarive y declaraban: «Tamatave no es más que un montón de ruinas y cenizas.» Todos los medios de transporte disponibles—aviones civiles y militares, así como trenes especiales—eran dedicados a la tarea de llevar a la capital de la isla a todos los miembros de la etnia perseguida. Los que no podían ser evacuados eran agrupados en campos de concentración. Los manifestantes habían saqueado e incendiado los almacenes de Tamatave, atacando ferozmente a los merinas, que tuvieron que huir sólo con lo que llevaban puesto. El origen del conflicto, según explicaba el ministro del Interior, coronel Ratsimandrava, residía en «un malentendido sobre la malgachización, rápidamente explotado por los partidarios del régimen difunto, puesto que se había explicado que la malgachización de la enseñanza no podía y no debía hacerse bruscamente. El Gobierno no incumplirá sus responsabilidades y espera que no tendrá que adoptar decisiones más severas».

Esta actitud de la población escolar de Tamatave contrastaba, indiscutiblemente, con la que adoptaron los estudiantes de Tananarive durante las jornadas de mayo, que se había reproducido, en un acto de mimetismo, en otras regiones del país. Entonces se había reclamado unánimemente la malgachización de la enseñanza, y la petición era tan enérgica que el 18 de julio de 1972 el ministro de Asuntos Culturales, Manambelona, se había visto en la necesidad de anunciar que los ayudantes técnicos franceses de enseñanza serían «reemplazados, en la medida en que sea posible, por malgaches, en toda la isla». Los provisosores y directores franceses de colegios de enseñanza técnica o general—unos cincuenta—serían reemplazados en septiembre por malgaches. El 26 de julio en la Universidad de Madagascar comenzaba sus funciones un rector malgache, Rahandraha, que había sido decano de la Facultad de Ciencias desde 1970 y que sucedía al rector Corbel, de nacionalidad francesa. El puesto de director general de los Asuntos Culturales pasaba también de manos de un francés a las del doctor Rakoton-drafara.

Y he aquí que cuando, por satisfacer demandas tan apremiantemente expresadas, se proyectaba extender la malgachización a Tamatave surgía el desorden al negarse los medios estudiantiles a aceptar dicha medida. Todo esto expresa muy elocuentemente el confuso panorama de aspiraciones que prevalece en Madagascar. Las multitudes se habían agitado turbulently sin un criterio fijo, sin un ideario elaborado previamente, e improvisaban sus demandas sin reflexionar en las consecuencias. No es de extra-

ñar que lo que en un determinado momento considerasen que era una panacea fuese rechazado por inaceptable poco después. Junto a esta versatilidad es preciso considerar la agresividad de que daban muestras esas multitudes heterogéneas. Cualquier diferencia de criterio se saldaba con el motín, el ataque personal y el incendio. La situación, por lo tanto, resultaba doblemente explosiva, porque no se dirigía solamente contra las autoridades, sino contra determinados grupos étnicos nacionales y extranjeros. En los sucesos de Tamatave no sólo fueron asaltados los merinas, sino también los chinos, muchas de cuyas viviendas y establecimientos fueron saqueados e incendiados. La agresividad, la falta de unanimidad y la volubilidad en las aspiraciones, todo ello en conjunto, supone un serio factor negativo de cara al futuro.

Los sucesos de Tamatave constituían un notable contratiempo para la obra de gobierno del general Ramanantsoa. Resultaba especialmente significativo que se hubiera producido esa conmoción tan sólo dos meses después de que el general hubiese recibido el amplio respaldo popular a su programa de gobierno. Cuando el sólido apoyo recibido parecía dar entrada a una era de concordia, los sangrientos incidentes evidenciaban no sólo hostilidad a ciertos actos gubernamentales, sino también el rebrote de las viejas querellas étnicas, que en otros tiempos habían ensangrentado la isla. Estos resabios tribales están en la base de los acontecimientos de Tamatave y son sumamente expresivos de lo que también sucede en el vecino continente africano. Cada uno de los dieciocho grupos étnicos no ve con agrado que el profesorado esté ejercido por franceses, pero aún admiten mucho menos que el personal docente sea de una tribu diferente a la suya. Los estudiantes de cada una de las tribus malgaches, antes de someterse a un profesor de una tribu distinta a la suya, prefieren a uno francés. Hasta tal punto están vivas las hostilidades intertribales en Madagascar. Y esta actitud plantea a las autoridades académicas un problema muy difícil de resolver, puesto que no se cuenta siempre con el número necesario de personal docente correspondiente a la filiación étnica de cada uno de los grupos estudiantiles residentes en los centros de enseñanza de la isla. El profesorado no se puede improvisar sin causar graves perjuicios a la enseñanza. Existen regiones donde abunda más que en otras; pero si, en virtud de esos recelos étnicos, no se pueden transferir a donde escasean, el funcionamiento de algunos centros de enseñanza quedaría paralizado. Por añadidura, en el trasfondo de los sucesos de Tamatave late otro factor subsidiario de dis-

cordia, como es el de los odios sociales entre las poblaciones menos pudientes de la costa y la burguesía merina. Los merinas, merced a su más alto nivel económico, poseen el mayor número de estudiantes y de graduados, y las poblaciones costeras temían que la «malgachización» de la enseñanza supusiera la «merinización». Enfrentados a tal dilema, prefieren en la cátedra a un francés que a un merina. Ramanantsoa, desde su accesión al poder, había evitado escrupulosamente favorecer a ninguna etnia o clase social, procurando que todas fueran tratadas con absoluta igualdad, pero los acontecimientos de Tamatave demostraban que no bastaba el espíritu de equidad para disipar los recelos tradicionales.

Ramanantsoa creía oportuno sentar un precedente de rigor ante los sucesos de Tamatave para disuadir a quienes proyectasen reproducirlos en otras regiones. En consecuencia, el Tribunal Militar pronunciaba, el 18 de diciembre, nueve condenas de prisión «por maniobras y actos que comprometen la seguridad pública». Se buscaba activamente a los trescientos condenados por delitos comunes que se habían evadido de la prisión cuando fue incendiada el día 13. La actividad económica había sufrido un rudo golpe con el éxodo de los merinas.

Monjajoana, presidente del MONIMA, reclamaba que la lengua malgache actual fuese estudiada únicamente como lengua viva y que la francesa se conservase, momentáneamente, como vehículo cultural. En su opinión, la lengua malgache nacional deberá tener en cuenta los dialectos de las dieciocho tribus de la isla y no solamente el merina. Los estudiantes reclamaban la descentralización universitaria y el acceso prioritario a los establecimientos escolares de los alumnos nativos de cada una de las regiones donde estuviesen enclavados tales establecimientos. La misma medida debería adoptarse respecto a los establecimientos fabriles y comerciales con relación a sus obreros y empleados. Como puede apreciarse, estas medidas, en vez de favorecer la unidad nacional, tenderían a fragmentar la isla en regiones mutuamente enfrentadas entre sí, en un retorno al pasado.

Madagascar, lanzado a la euforia democrática, se atomiza. Es un proceso que se siente y se palpa, aunque esté en sus comienzos. La explosión de las viejas querellas étnicas, la tendencia de las masas a sustituir el centralismo por la regionalización y, también, la proliferación de partidos políticos, todo en conjunto, lleva a la disgregación nacional. A finales de diciembre, uno de los dirigentes del MONIMA, Rakotonirina, creaba un

nuevo partido, el MFM³, con el objeto de promover «el triunfo de la lucha del pueblo», basándose en los elementos más intransigentes del KIM, y combatir a los partidos tradicionales PSD y AKFM, «que apoyan al capitalismo».

El 18 de enero de 1973 el ministro de Asuntos Exteriores, Ratsiraka, anunciaba la inmediata iniciación de las negociaciones para la revisión de los acuerdos de cooperación con Francia. «La defensa de un territorio—decía—no puede ser más que nacional y ningún otro Gobierno puede defender a un país como el Gobierno del propio país.» Alababa las relaciones con los países comunistas, especialmente con China, precisando que los primeros efectos de la cooperación entre Madagascar y la China Popular se habían traducido en el envío por Pekín de 40.000 toneladas de arroz, de las cuales 10.000 toneladas eran gratuitas, y un préstamo de 2.000 millones de francos CFA, reembolsables en quince años y a un bajo interés. Respecto a las relaciones con la Unión Soviética, el ministro indicó que no era deseable llegar a un acuerdo «mientras que nuestro comercio se haga de una forma que nos pone a merced del extranjero. Pero llegará un día en que este comercio no será más que un recuerdo y entonces podremos concluir un acuerdo». De tal forma, insinuaba el deseo malgache de desligarse de las obligaciones comerciales con Francia.

Las negociaciones franco-malgaches se abrían en París el 25 de enero. Schumann, en su discurso, decía que «nada se opone a que nuestra cooperación se efectúe sobre nuevas bases». «Seguimos fieles—añadía—a nuestra idea de una cooperación libremente concertada entre partes iguales.» Ratsiraka puntualizaba a su vez que «la posición estratégica de Madagascar en el océano Indico puede ser objeto de ambiciones y nos condena al neutralismo y a la no alineación, esperando la neutralidad». En otros párrafos de su alocución decía que «una vinculación demasiado exclusiva con una sola potencia puede resultar perjudicial. Madagascar debe, pues, tener amigos y aceptar ayudas y apoyos diversos. Pero estima, y éste es un punto sobre el que no piensa transigir, que le corresponde arreglar por sí mismo sus propios asuntos. A su manera, sin injerencia exterior y sin que su vida política, económica, cultural o social quede a la discreción de las potencias extranjeras. Que nuestro país quiera sustraer su economía al dominio de los grandes intereses privados que la vacían de su sustancia (el 85 por 100 de la

³ Siglas de las palabras malgaches «Mpitolona ho Amin ny Fanjakan by madinika», que significan «el poder para los pequeños».

economía y el 85 por 100 del comercio malgache están en manos de extranjeros) y que los malgaches quieran sacudirse la tutela extranjera es algo legítimo y natural». Finalizaba diciendo que el Gobierno de Tananarive «se propone mantener el *statu quo* que preside actualmente las relaciones entre los dos países», esperando la conclusión y ratificación de «un nuevo tratado» que regule sus relaciones. «Francia no sería Francia —concluía— si rehusase ayudar a Madagascar a acceder a su verdadera independencia económica.»

Las negociaciones resultaban difíciles y no dejó de producirse un golpe sorpresa cuando, a primeros de febrero, el ministro de Asuntos Exteriores, Ratsiraka, tenía que marchar urgentemente a Tananarive convocado por el general Ramanantsoa. La súbita partida del jefe de la delegación malgache hizo cundir el rumor de que el general no estaba satisfecho de la forma en que Ratsiraka conducía las negociaciones con Francia. La versión quedaba desmentida por un comunicado fechado el 9 de febrero, publicado al término de un Consejo de ministros, en el que se informaba de que, habiendo escuchado el informe del ministro de Asuntos Exteriores sobre la evolución de las negociaciones, el Gobierno «renueva su confianza» en el jefe de la diplomacia malgache. No obstante, las negociaciones se suspendían el 28 de febrero a causa de las elecciones francesas.

El 24 de febrero en Diego Suárez se producían violentas manifestaciones, que culminaban con el incendio de la prisión y liberación de los penados, así como de la sede del Tribunal. El origen de los disturbios consistió en la distribución de octavillas invitando a la población a protestar contra la posible supresión de la base naval francesa en dicha ciudad. El KIM había pedido, en su Congreso de septiembre, la supresión de esa base, pero la población de Diego Suárez no compartía esa idea porque deseaba evitar el grave perjuicio económico que le supondría. Los manifestantes se pronunciaban también contra la «malgachización» de la enseñanza y contra la presencia de funcionarios merinas, a los que consideraba excesivamente ligados al movimiento izquierdista KIM. Este nuevo brote de violencia no hacía sino confirmar los antagónicos puntos de vista que dividen al pueblo malgache en todas las cuestiones. En Diego Suárez, para cortar los incidentes, se decretaba el toque de queda.

Tres días después era Majunga el escenario de disturbios. Millares de manifestantes recorrían las calles de la importante ciudad portuaria enarbo-

lando pancartas en las que se protestaba contra la «malgachización» de la enseñanza. También debía proclamarse allí el toque de queda.

La deterioración reiterada del orden público que revelaban estos acontecimientos incitaba al Gobierno a divulgar una nota radiodifundida precisando que «las manifestaciones turbulentas no serán toleradas por el Estado». «Se ruega a la población—decía—que no se alarme en el caso de que escuche disparos, que son necesarios para el mantenimiento del orden, la paz y la seguridad de todos los ciudadanos.» Monjajoana, el jefe del MONIMA, pronunciaba también una alocución incitando a sus compatriotas a permanecer en calma.

A pesar de todo, el 28 de febrero se extendía la ola de violencias a otras ciudades, entre ellas Anahidrano, ciudad natal de Tsiranana, en el noroeste del país. Los manifestantes intentaban incendiar el Tribunal y la cárcel, liberando a medio centenar de presos. Exhibían pancartas hostiles al Gobierno y favorables a la cooperación con Francia.

Como consecuencia de estos acontecimientos, el 6 de marzo eran detenidas varias personalidades del antiguo régimen, entre ellas Víctor Miadana, ex vicepresidente del Gobierno, y René Rasidy, ex ministro de Información y Turismo. Otras cuarenta personas, entre ellas varios ex senadores del PSD y el jefe de la etnia a que pertenece Tsiranana, ingresaban en prisión. Poco después el Tribunal condenaba a veintiocho personas por intervención en los sucesos de Majunga. Para completar este panorama de dispersión, el doctor Razanabahiny creaba un nuevo partido, el VONJY (Movimiento Popular para la Unidad Nacional).

El KIM celebraba el 10 de marzo una reunión pública en Tananarive, declarando que las manifestaciones ocurridas últimamente en diferentes localidades «consisten en realidad en una lucha burguesa que no tiene nada que ver con la del pueblo y de la masa». Insistían sobre la necesidad de llevar a cabo la «malgachización» y reclamaban la salida de las tropas francesas y del general Bigeard, comandante de las fuerzas francesas del sur del océano Indico.

El 26 de marzo Ratsiraka era recibido por el presidente Pompidou y declaraba que las negociaciones franco-malgaches se reanudarían después de la formación del nuevo Gobierno francés.

La evolución política de Madagascar, según puede deducirse de estos antecedentes que hemos consignado, muestra una notable tendencia a la desintegración. Roto, tras las jornadas de mayo y subsiguiente evicción de

Tsirananana, el precario equilibrio interno que se había mantenido desde la proclamación de la independencia, nuevas fuerzas, fundamentalmente extremistas, han aflorado a la superficie, creando una alarmante inestabilidad. El Gobierno Ramanantsoa, pese al sólido voto de confianza otorgado por el referéndum, manifiesta señales de debilidad, dimanantes especialmente de su compromiso con sectores revolucionarios que le apoyaron en los comicios.

El país está dividido, atomizado en una serie de partidos radicalmente antagonicos, y las querellas tribales se han actualizado de forma harto preocupante.

En la esfera exterior, Ramanantsoa, para congraciarse con los grupos levantiscos, ha imprimido un giro radical mediante el reconocimiento de los Estados socialistas y la búsqueda, tras de los viajes de su ministro Ratsiraka a las capitales del Este, de la amistad con los mismos. Simultáneamente se entibian las relaciones con la antigua metrópoli, Francia, como lo demuestran las negociaciones franco-malgachés, en las que parece haberse llegado a un acuerdo global, que aún no ha sido publicado en el momento de redactar estas notas (mayo 1973), que contempla la completa «independencia monetaria» malgache, así como la retirada de los efectivos militares franceses, basados en Tananarive e Ivato, y la sede del mando supremo de las fuerzas francesas en el Sur del océano Indico. En cuanto a Diego Suárez, serán evacuados los legionarios acantonados allí, pero no será desmantelada la base naval propiamente dicha y la dirección de construcciones y armas navales para no dejar sin empleo a los mil doscientos obreros malgaches que allí trabajan. Las autoridades malgaches no desean el cierre de esos establecimientos para no provocar una crisis laboral, pero sí pretenden que las instalaciones no permanezcan exclusivamente bajo control francés. Finalmente, el otro aspecto esencial del cambio de la orientación política exterior reside en la interrupción de la amistosa cooperación, que tantos beneficios económicos produjo a Madagascar, con la República Sudafricana y la sustitución del diálogo por la condena de Pretoria. Es decir, que Tananarive se ha lanzado a surcar nuevos rumbos exteriores, tratando de complacer a los sectores izquierdistas de la población; pero esto puede significar la disminución de la ayuda económica exterior y el empeoramiento de los problemas malgaches.

Porque, se mire por donde se quiera, el secreto del malestar malgache reside primordialmente en las precarias condiciones económicas que allí

imperan. Desde la llegada al poder de Ramanantsoa la situación económica se ha degradado, especialmente en las regiones costeras y sobre todo en las meridionales. Desde principios de marzo la población carece del suficiente arroz para alimentarse. Así, por ejemplo, en Manakara se dieron casos de enfermos de desnutrición, debido a que se retrasó quince días el barco procedente de China que debía suministrar el arroz necesario. Es decir, que la situación es grave. Más todavía, porque China tiene que comprar cereales en el exterior al ser insuficientes sus cosechas, y depender de China para el suministro malgache es un suicidio. A dos pasos de Madagascar está la República Sudafricana con inmensos excedentes de alimentos; pero se ha preferido cortar el diálogo—que representaba estar a cubierto del hambre—para dar rienda suelta a posturas demagógicas que pueden resultar muy atractivas en los foros internacionales, pero que, en definitiva, representan el hambre del pueblo. Esta ausencia de realismo que predomina en los nuevos gobernantes malgaches nos hace desconfiar del futuro del régimen. La actuación del Gobierno Ramanantsoa produce la impresión de que carece de un plan fijo, cuidadosamente meditado, para el quinquenio durante el cual ha de ejercer su autoridad. El predominio de las medidas improvisadas y la búsqueda del fácil elogio multitudinario, en vez de aplicar medidas constructivas, no permite conceder mucha confianza a su gestión.

Mientras tanto, la propaganda maoísta y la de otros sectores radicales se beneficia de una libertad desconocida en la época de Tsiranana. En consecuencia, se hallan en plena expansión los grupos revolucionarios, se organizan y coordinan, esperando el momento propicio para iniciar el asalto al poder. Por esto reclaman con insistencia la rápida evacuación de las tropas francesas para que el Gobierno de Tananarive quede inermes en un momento de emergencia. Todo parece indicar que Madagascar, merced a las desafortunadas directrices gubernamentales, tiende a inscribirse en la órbita socialista, y la incógnita reside en si el tránsito tendrá lugar tras del interregno quinquenal de Ramanantsoa o si se producirá mediante un golpe de fuerza antes de que termine su mandato.

JULIO COLA ALBERICH

